

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

28 de mayo de 2023



Encontrar
la fuerza
en la
misericordia
de Dios

En una carta al obispo de Hiroshima con ocasión del G7 el Papa renueva la condena del uso de energía atómica para la guerra

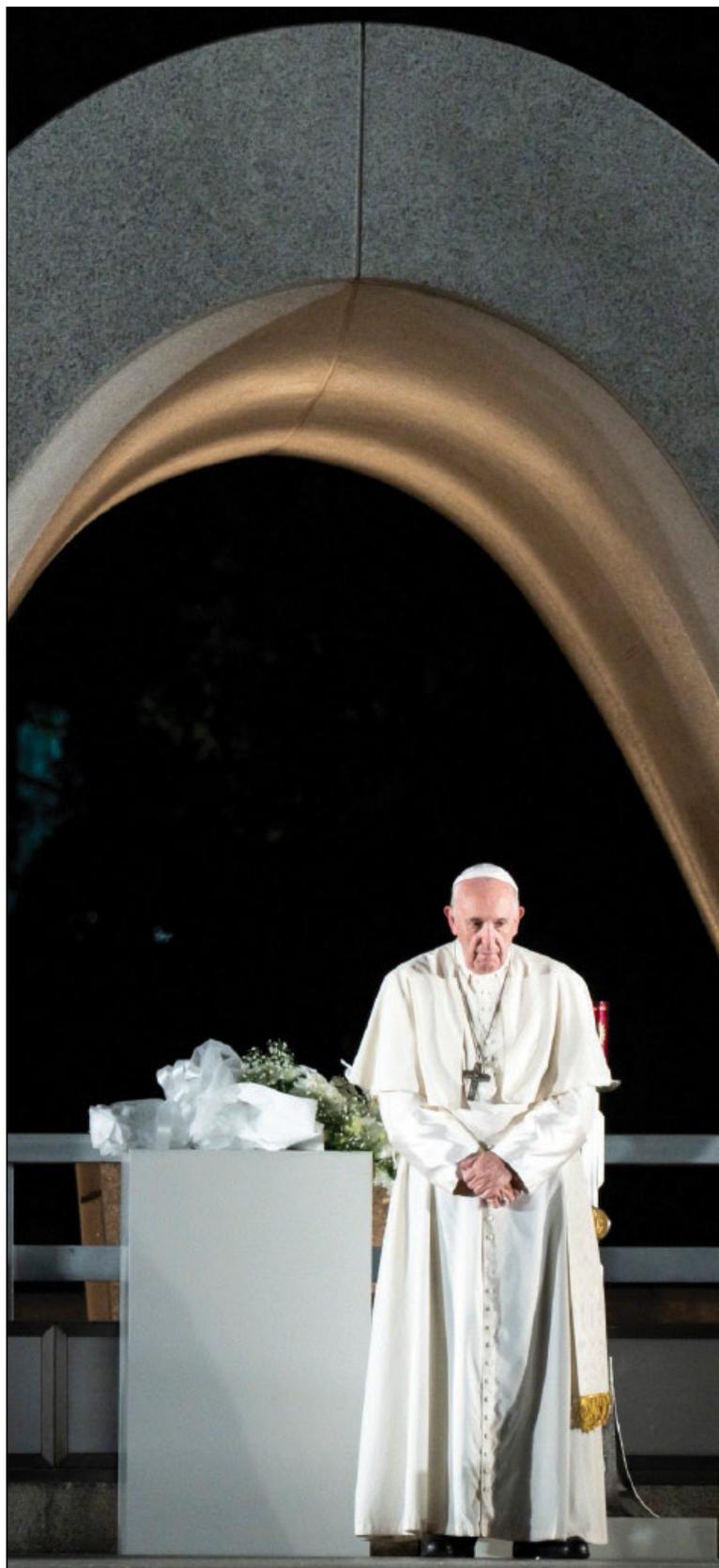
Un crimen contra el hombre y contra el futuro

El uso de la energía atómica con fines militares es un crimen «contra el hombre y su dignidad» y «contra toda posibilidad de futuro». El Papa vuelve a denunciar los riesgos del uso de las armas nucleares proponiendo de nuevo - en una carta al obispo de Hiroshima con ocasión del G7 - la severa advertencia lanzada el 24 de noviembre de 2019 durante la visita al Memorial de la Paz en la ciudad japonesa. Publicamos a continuación el texto de la carta.

A Su Excelencia Reverendísima Alexis-Mitsuru Shirahama
Obispos de Hiroshima

Mientras que el vértice del G7 se reúne en Hiroshima para discutir cuestiones urgentes delante de las cuales se encuentra actualmente la comunidad mundial, deseo asegurarle mi cercanía espiritual y mi oración para que la cumbre sea fructífera. La elección de Hiroshima como lugar de encuentro es particularmente significativa a la luz de la continua amenaza del uso de las armas nucleares. Recuerdo la profunda impresión que me dejó la conmovedora visita al Memorial de la Paz durante mi viaje a Japón en 2019. Estando allí de pie en silenciosa oración y pensando en las víctimas inocentes del ataque nuclear que sucedió décadas antes, quise reiterar la firme convicción de la Santa Sede de que “el uso de la energía atómica con fines de guerra es hoy más que nunca un crimen, no sólo contra el hombre y su dignidad sino contra toda posibilidad de futuro en nuestra casa común” (Discurso al Memorial de la Paz, 24 de noviembre de 2019).

Es a ese futuro que hombres y mujeres responsables miran ahora con preocupación, especialmente a raíz de la experiencia



El Papa en el Memorial de la Paz en Hiroshima (24 de noviembre 2019)

de una pandemia global y de la persistencia de conflictos armados en diferentes regiones, entre las cuales la devastadora guerra que se está combatiendo en suelo ucraniano. Los eventos de los últimos años han hecho evidente que solo juntos, en fraternidad y solidaridad, nuestra familia humana puede tratar de curar las heridas y construir un mundo justo y pacífico.

De hecho, se ha hecho cada vez más evidente que en el mundo multipolar del siglo XXI la búsqueda de la paz está íntimamente relacionado con la necesidad de seguridad y la reflexión sobre los medios más eficaces para garantizarla. Tal reflexión debe necesariamente tener en consideración el hecho de que la seguridad global debe ser integral, capaz de abrazar cuestiones como el acceso a la comida y al agua, el respeto del ambiente, la asistencia sanitaria, las fuentes energéticas y la distribución equitativa de los bienes del mundo. Un concepto integral de seguridad puede servir para fortalecer el multilateralismo y la cooperación internacional entre actores gubernamentales y no gubernamentales, sobre la base de la profunda interconexión entre tales cuestiones, la cual hace necesario adoptar, juntos, un enfoque de cooperación multilateral responsable.

Hiroshima, como “símbolo de la memoria”, proclama con fuerza la inadecuación de las armas nucleares para responder de forma eficaz a las grandes amenazas actuales a la paz y para garantizar la seguridad nacional e internacional. Basta considerar el impacto humanitario y ambiental catastrófico que resultaría del uso de armas nucleares, como también el derroche y el mal uso de recursos humanos y económi-

cos que conlleva su producción. Tampoco debemos infravalorar los efectos del persistente clima de miedo y sospecha generado por su posesión que compromete el crecimiento de un clima de confianza recíproca y de un diálogo. En tal contexto, las armas nucleares y las otras armas de destrucción masiva representan un multiplicador de riesgos que da solo una ilusión de paz.

Asegurando mi oración por usted y por los que están encomendados a su cuidado pastoral, me uno en la oración para que el vértice del G7 en Hiroshima dé prueba de una visión de futuro para sentar las bases de una paz duradera y una seguridad estable y sostenible a largo plazo. Con gratitud por su compromiso al servicio de la justicia y la paz, os envío cordialmente mi bendición.

Roma, San Juan de Letrán,
19 de mayo de 2023

FRANCISCO

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevalerunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo@spc.va

El Papa pide a los monfortianos que renueven el acto de consagración del mundo a María

Caminos de paz para toda la humanidad

Renovar el acto de consagración de la Iglesia y del mundo al Corazón Inmaculado de la Virgen: lo ha pedido el Papa a los participantes en el 38º capítulo general de los Misioneros Monfortianos (Compañía de María), recibidos en audiencia la mañana del sábado 20 de mayo, en la Sala Clementina.

Hermanos y hermanas, bienvenidos.

Me alegra encontrarme con vosotros con ocasión de vuestro trigésimo octavo capítulo general, en los aniversarios del nacimiento y de la canonización de vuestro fundador. Celebrando más de tres siglos de vida y de servicio, habéis elegido como tema para vuestros trabajos el lema: «Atreverse a arriesgar por Dios y por la humanidad. Nuestra fidelidad creativa». Es verdad, no es una fidelidad momificada, ¡es creativa! Son palabras que recuerdan bien los valores que animaron a san Luis María Grignon de Montfort al comienzo de vuestra historia.

Él vivió en un tiempo marcado por desafíos difíciles para la Iglesia y para la sociedad: llamado “época de racionalistas y de libertinos” y al mismo tiempo “cuna del jansenismo”. Frente a estas provocaciones, san Luis María se preguntó ante todo cuál era su raíz común, y la identificó en una confianza excesiva de los hombres en la sabiduría del mundo, en detrimento de la primacía de la Sabiduría de Dios. Por eso se lanzó a una intensa actividad de predicación, con creatividad y sin miedo, encontrando también incomprendimientos dentro y fuera de la Iglesia: siempre sucede así. Y nunca se rindió, continuó predicando y promoviendo el amor por la verdadera Sabiduría, a través de la devoción a María, hasta su muerte, acaecida a los sólo cua-

renta y tres años, en Vendée, durante una misión. De su valentía dais testimonio los frutos: presentes en treinta y tres países, con más de setecientos religiosos, junto con los Hermanos de San Gabriel, las Hijas de la Sabiduría y los laicos asociados. ¡Es hermoso esto!

También hoy no faltan los desafíos pastorales: por ejemplo, el individualismo que encierra a cada uno en su pequeño mundo, el relativismo y el hedonismo que hacen del placer o del provecho personal la medida de toda elección, el egoísmo consumista que seca el corazón de los ricos y crea desigualdades injustas en perjuicio de los pobres.

Frente a todo esto, San Luis María os ha dejado un programa de vida y de acción que es siempre actual: «buscar, contemplar, revelar la Sabiduría en el corazón del mundo y denunciar su falsa sabiduría» (*Regla de vida, Introducción*), y esto a ejemplo y con la ayuda de María. Quisiera subrayar tres valores que considero importantes y actuales: la acogida, la internacionalidad y la ternura.

El Evangelio nos muestra a María como aquella que, para acoger en sí a Jesús, Sabiduría del Padre, con valentía aceptó cambiar completamente su vida, sus costumbres, sus sueños y sus elecciones. Así ha custodiado y donado a los hermanos el amor que ha recibido, en Nazaret, en el Calvario y en el Cenáculo donde, a la luz de la Pascua, ha compartido humildemente la vida de la primera comunidad. La acogida -que es la primera cosa de la que quisiera hablar- fue una dimensión fundamental de la existencia de María y de su misión. Siguiendo su ejemplo, os exhorto también a vosotros a ejercitarla en vuestras casas y con

las personas que Dios os confía. Nuestro mundo tiene tanta necesidad de acogida y, en la acogida, tiene necesidad de creatividad, que nos haga cercanos a todos, también en situaciones nuevas, que requieren respuestas urgentes. Acoger con el corazón abierto para recibir.

Para vosotros este valor se enri-



quece, como testimonia vuestra presencia aquí, con los colores de la internacionalidad, de la multiculturalidad y del diálogo intergeneracional. En un reciente documento habéis escrito que el rostro vivo de San Luis María hoy tiene en vosotros «los rasgos bien marcados de Europa, con acentos brillantes del Caribe, de América Latina, de África y de Asia» (*Carta de los Capitulares a los Hermanos*, Roma, 20 de mayo de 2017): es verdad, es bien musical, esto es así; y que está lleno de la sonrisa, de las lágrimas, de los ojos y de la boca de todas las hermanas y de todos los hermanos esparcidos por el mundo (cf. *ibid.*). Y tal vez algún canonista

os dirá: “Pero esto no sirve, esta no es una definición canónica de lo que es un instituto”: es una definición vivaz y esto me gusta. Es una bella imagen de comunidad evangélica, un verdadero don para todos. Atesoradla, cultivadla y difundidla con vuestro testimonio.

Finalmente, me gustaría recorda-

ced vuestra la ternura de María y dádsela a todos, siempre. Pero la ternura no es un dulce que se compra, la ternura hace dulzura, pero es fuerte. Tener un corazón tierno indica fortaleza en el corazón para volverse tierno. No olvidéis que la ternura es uno de los tres rasgos de Dios. Dios es cercano, tierno y compasivo. Ternura, compasión y cercanía. Hagan el examen de conciencia con esto: “¿Yo, hoy, he estado cerca o me he defendido un poco? ¿He sido compasivo o he condenado a medio mundo? ¿He sido tierno?”. Lleven adelante estos tres rasgos de Dios: cercanía, compasión y ternura.

Lo ha testimoniado el padre Olivier Maire, misionero monfortiano, muerto por haber acogido en comunidad a un hombre que se había equivocado, una persona muy problemática, a la que quería donar un techo y le han costado la vida, por un gesto loco e inexplicable, y mientras me abrazo a sus padres y parientes, aquí presentes, os invito a todos a atesorar su ejemplo: ha acogido a un hermano perdonando su pasado y abrazándolo sin hacer cálculos, deseando sólo darle amor, con ternura. Tenemos mucha necesidad de aprender a amar así, de crecer en este amor, de ser cercanos, compasivos y tiernos. Por esta razón, el año pasado quise consagrar al Corazón Inmaculado de María a la Iglesia y al mundo entero, especialmente Ucrania y Rusia. Y a vosotros, que sois la Compañía de María, os pido que renovéis este acto de entrega y esta súplica. Que la Madre Celeste nos ayude a todos a buscar con valentía y creatividad caminos de perdón, de diálogo, de acogida y de paz para toda la humanidad. Os bendigo de corazón y os pido, por favor, que recéis por mí.

A los fieles de Spoleto-Norcia en el Año jubilar por el 825º aniversario de la dedicación de la catedral

En la Iglesia lo que se testimonia es más importante que lo que se predica

«En la Iglesia lo que se testimonia es más importante que lo que se predica». Lo recordó el Papa Francisco a los peregrinos de la archidiócesis de Spoleto-Norcia, recibidos en audiencia en la mañana del sábado 20 de mayo, con ocasión del Año jubilar por el 825º aniversario de la dedicación de la basílica catedral dedicada a Santa María Asunta.

Queridos hermanos y hermanas, hermanitos, hermanitas, todos: ¡bienvenidos!

Os doy la bienvenida y os doy las gracias por haber venido en peregrinación a Roma en el Año jubilar que estáis viviendo por el aniversario de la dedicación de la catedral de Santa María Asunta en Spoleto.

Sé que su fachada, que ha aparecido en la televisión muchas veces en los últimos años, se ha vuelto familiar para todos los italianos. Pero sobre todo sé que es una iglesia muy bonita. La belleza atrae, y me gustaría decirles algo sobre la belleza. Porque comunicar la fe es ante todo una cuestión de belleza. Pero la belleza no se explica, se muestra, se hace ver; no se puede convencer de la belleza, es necesario testimoniarla. Por eso, en la Iglesia lo que se testimonia es más importante que lo que se predica. Y vuestra catedral, con sus magníficas capillas, custodia historias de vida y de fe, encierra santidad y belleza. Es un testimonio de historia, de vida, de belleza, de santidad. Ciertamente, es una belleza que hay que buscar, que hay que sacar a la luz, como hace un restaurador cuando redescubre los colores de un fresco antiguo. Así es en la Iglesia, donde lo que no aparece a los ojos es más valioso que lo que se ve: la oración, la caridad hecha a escondidas, la fuerza del perdón no van a la primera página; así también los sacrificios de los pastores, la vida de tantos “santos de la puerta de al lado”, el testimonio de los padres, de las fa-

milias, de los ancianos... Os deseo que seáis descubridores de belleza, buscadores de los tesoros de la fe; que no os detengáis en la superficie de las cosas, sino que veáis más allá, apreciando y abrazando el patrimonio de santidad y servicio que es la riqueza de la Iglesia. Y también de acrecentarlo, porque la fe no puede permanecer como un recuerdo del pasado, algo “museístico”, no; sino que revive siempre en la alegría del Evangelio, en la comunidad hecha de personas, en la asamblea de cuantos experimentan la misericordia y



se reconocen por gracia hermanos y hermanas amados por Dios. Buscar la belleza es ir al corazón de las cosas, no a la apariencia. En la Iglesia ya no es tiempo de concentrarse en aspectos secundarios, aspectos exteriores; es tiempo de mirar a la comunidad de los orígenes y de centrarse en las verdaderas prioridades, que son la oración, la caridad y el anuncio. Sé que os estáis esforzando por dar vida a una acción apostólica más genuina. Renovar la pastoral requiere opciones, y las opciones deben partir de lo que más importa. No tengáis miedo de actualizar las modalidades de la evangelización, la catequesis, el ministerio del párro-

co y el servicio de los agentes pastorales, para pasar de una pastoral de conservación, donde se espera que la gente venga, a una pastoral misionera, donde se entrena para dilatar el corazón al anuncio, saliendo de las “introversiones pastorales”. Cuando el corazón no se queda cerrado y triste rumiando las cosas que no van, sino que se abre, como sucede en un sacerdote que se entrega por su gente, en una familia que genera vida, en un joven que elige no pensar sólo en divertirse sino en involucrarse por Dios y por los demás, entonces

el Evangelio pasa de modo genuino, a través de la belleza del testimonio. Recordémoslo siempre: el testimonio de la vida comunica la belleza de la fe. El testimonio de la vida comunica la belleza de la fe. “Pero mira, estudia, qué bella es nuestra fe...” — “Yo no la entiendo, no la veo. Yo la veo en el testimonio de los cristianos”. Si yo me llamo cristiano y doy testimonio de no cristiano o de mundano, no sirve de nada. Hay coherencia entre lo que creo y cómo vivo lo que creo: esta coherencia se necesita tanto. Además de la belleza, quisiera compartir con vosotros una segunda palabra que creo que os afecta de modo

particular. La palabra es intercesión. Vuestra catedral, dedicada a la Madre de Dios, tiene su efigie más representativa en la «Santísima Iconografía». Esta imagen representa a la Virgen con las manos en alto, intercediendo por nosotros: “intercesora”. Y es “un icono que habla”: de hecho, su cartucho da voz a la imagen. Lo hace a través de un diálogo entre Jesús y su Madre, un diálogo casi dramático, con Cristo que dice: «¿Qué pides, oh María?», y Ella responde: «La salvación de los vivientes». Él responde: «Pero provocan

indignación». Y ella: “Compadécete de ellos, hijo mío”. Él: «¡Pero no se convierten!», y Ella: «Y tú sálvalos por gracia». Es con esta intercesión que la Virgen toca el corazón de su Hijo. Y esto no es una imagen poética, es la verdad. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, digamos en el Ave María. Y ella reza por nosotros. Nosotros le pedimos que rece por nosotros y ella lo hace, ella habla al Hijo. La intercesión tiene como una dimensión interesante, es llevar a los demás ante el Señor, luchar con Él a través de la oración, sabiendo insistir, no sólo y no tanto por nuestros amigos y por las personas queridas, como se hace habitual-

mente, sino sobre todo por quien está lejos, por quien no es de los nuestros, por quien nos critica, por quien no conoce el amor de Dios. Una Iglesia que intercede, reza por los demás, que lleva el mundo al Señor sin volverse mundana, es una Iglesia siempre viva, siempre viva, siempre bella. Cuántas veces, en cambio, serpentea también entre nosotros el virus de la queja, porque “las cosas que no van son muchas”, “los tiempos pasados eran mejores”, “el párroco de antes era mejor”, y esta música de lamentarse. La queja es una cosa amarga, fea, ¿sabes? ¿Eso te parece dulce? No. Amarga el corazón, la queja. Y Santa Teresa, que era buena, sabía conducir, decía: «Ay de los que se quejan y dicen: “Me han hecho una injusticia”». Problemas. Porque los quejumbrosos son como aquellas mujeres que en otro tiempo iban a llorar a los funerales, delante del muerto. Y lloraban, lloraban... su trabajo era quejarse y llorar. Mala oficina, mala figura de la persona que vive quejándose todo el tiempo. El cristiano no puede dejarse atrapar en los lazos de esta mundanidad cansada y enervante, sino que está llamado a redescubrir la belleza que ha recibido por gracia y a interceder, es decir, a atraer la belleza hacia los demás.

Queridos hermanos y hermanas, que este jubileo os ayude a consolidar las raíces, de modo que vosotros, del valle de Spoleto y de los montes nursinos, desde vuestra basílica secular, a la escuela de María y de vuestro patrono el mártir San Ponciano, podáis alegraros por la belleza del amor de Dios y del ser Iglesia, y sentirnos llamados a interceder. Esto os deseo mientras de corazón os bendigo. Y os pido un favor: deteniéndoos en la catedral de Spoleto junto a la santísima imagen, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Un congreso subraya la actualidad de la encíclica de Pablo VI

La Antropología Integral de la «*Humanae vitae*»



Humanae vitae no sólo sigue siendo un texto válido, actual, sino que es incluso profético en cuanto propone «una antropología capaz de unir la libertad con la naturaleza», una visión «antropológica integral» sobre el amor y la sexualidad humana, entendidos según el plan de Dios: a cincuenta y cinco años de su publicación (25 de julio de 1968), la última encíclica de Pablo VI sigue proponiendo una verdad alta, negada en cambio por decenios de «antropología anticonceptiva», que ha dividido esa visión unitaria abriendo el camino a una deshumanización de la sexualidad. Este es el gran valor de *Humanae vitae* puesto en evidencia por el cardenal Luis Francisco Ladaria Ferrer, prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, que intervino el 19 de mayo, en Roma, en un congreso en el Pontificio instituto patristico “Augustinianum” organizado por la Cátedra internacional de bioética Jérôme Lejeune y titulado precisamente *Humanae vitae*. La audacia de una encíclica sobre la sexualidad y la procreación. La audacia de lo que escribió Pablo VI «es mucho más profunda» respecto a haber resistido a las «presiones» que pedían «aprobar el uso de anticonceptivos hormonales en las relaciones sexuales dentro del matrimonio católico». La valentía de *Humanae vitae* —dijo el purpurado— es de carácter antropológico porque ha mostrado la vocación divina de la sexualidad, es decir, «la conexión inseparable que Dios ha querido» entre «los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el procreativo». Al contrario, prosiguió el prefecto, la moral anticonceptiva que se ha afirmado en contraste con la encíclica pone en oposición a la naturaleza, al cuerpo mismo, con un concepto de libertad que pretende cambiar las «condiciones de vida del amor conyugal». Según esta visión, lo que

importa es una «unión afectiva» y el acto sexual no es importante que responda «a un significado preexistente, natural o establecido por Dios, sino simplemente que sea un acto libre». En este sentido, el cuerpo «reducido a pura materialidad» ha abierto el camino en el tiempo a una serie de derivas, en particular a «una alarmante disminución de los nacimientos y a una multiplicación del número de abortos». El control de la natalidad con el uso de anticonceptivos ha «evolucionado», estigmatizó Ladaria Ferrer, «en la manipulación artificial de la transmisión de la vida, a través de técnicas de reproducción asistida. Primero se aceptó la sexualidad sin hijos, luego producir hijos sin el acto sexual. La vida producida ya no es

considerada, en sí misma, como un “don”, sino como un “producto” y es valorada en términos de utilidad”. Esta manipulación constante se puede encontrar, según el cardenal, tanto en la ideología de género (donde no es el cuerpo el que identifica a una persona, sino su orientación) como en el “transhumanismo”, en el que la persona está “reducida a su mente” y puede transferir su esencia “a otro cuerpo humano, a un cuerpo animal, a un *cyborg*, a un simple archivo de memoria”. Y de esta antropología, insistió, «el *cyborg* aparece como su plena realización» ya que acepta la «construcción del cuerpo y del sexo a través de la biotecnología», un mundo —en extrema síntesis— «sin maternidad» y por lo tanto «posthu-

mano». Frente a estos «verdaderos y propios antihumanismos», *Humanae vitae* propone en cambio una antropología capaz de unir naturaleza y libertad. También el arzobispo Vincenzo Paglia, presidente de la Pontificia Academia para la Vida, en una entrevista con Vatican News reflexiona sobre la actualidad de la encíclica de Pablo VI, que se refiere a la generatividad de las relaciones humanas: «Estamos ante desafíos de época: en los años sesenta la “píldora” parecía el mal absoluto. Hoy tenemos desafíos aún más fuertes: la vida de toda la humanidad está en riesgo si no se detiene la espiral de los conflictos, de las armas, si no se desactiva la destrucción del ambiente. Quisiera que hubiera una lectura que integre *Humanae vitae* con las encí-

clicas del Papa Francisco (y de Juan Pablo II) y con *Amoris laetitia*, para abrir una nueva época de humanismo integral, abandonando lecturas parciales. Por lo demás, el cardenal Zuppi en su mensaje al congreso —subraya monseñor Paglia— escribe que es “muy importante que se evite proceder por círculos restringidos y homogéneos, que al final tendrían la intención de reafirmar las posiciones de los participantes, sin activar un diálogo sincero y auténtico”. Es verdad porque, repito, hoy el desafío de la continuación, tutela, desarrollo, de la vida humana, debe ser planteado en todos los campos, como nos enseñan *Laudato si’* y *Fratelli tutti*”.

Para el presidente de la Pontificia Academia para la Vida, «es necesario interrogarse sobre cómo la cuestión planteada por *Humanae vitae* puede continuar alimentando la comprensión del nexo que existe entre sexualidad, amor esponsal y generación, que ha emergido con mayor claridad a la luz de la perspectiva personalista». En la encíclica, «la fecundidad de la generación era pensada como una característica intrínseca al amor conyugal y no como un añadido sucesivo». De ahí la posible conexión —representada por la familia— entre *Humanae vitae* y la exhortación apostólica postsinodal (sobre el amor en la familia) de Francisco *Amoris laetitia*: «Poniéndose como el paradigma generativo de las relaciones antropológicas fundamentales, la familia se revela como el “motor de la historia”, una auténtica escuela de vida, abierta a la sociedad y al mundo, un “laboratorio” de relaciones humanas y de responsabilidad civil. Así, de generación en generación, la familia abre al mundo y transmite un modo de habitarlo, marcado no por la posesión y el dominio despótico, sino por el don y la responsabilidad”. (*Giovanni Zavatta*)

El cardenal Parolin en la presentación de un libro sobre el magisterio de Juan Pablo I

Una mirada profética sobre las heridas y los males del mundo

Es en tiempos de conflictos bélicos como los actuales cuando emerge la apremiante actualidad del magisterio de Juan Pablo I sobre la búsqueda de la paz, como hilo conductor en los treinta y cuatro días de su pontificado. Sobre este tema se ha querido detener más el secretario de Estado, el cardenal Pietro Parolin, en el discurso pronunciado en la Universidad Ca' Foscari de Venecia, con ocasión de la presentación del libro *El magisterio de Juan Pablo I*. Un estudio histórico y teológico a través de los documentos de archivo a cargo de Stefania Falasca y Flavia Tudini.

El purpurado presentó los estudios promovidos por la Fundación vaticana dedicada al Papa Luciani, de la que es presidente: estudios que permiten hoy favorecer a nivel internacional la investigación y la profundización del legado magisterial del Pontífice – beatificado el pasado 4 de septiembre – a la luz de las fuentes de archivo. En este sentido, la misma Fundación promovió, el 13 de mayo del año pasado, en colaboración con el Departamento de Teología Dogmática de la Pontificia Universidad Gregoriana, el primer congreso de estudios dedicado a él.

Con respecto al pontificado de Juan Pablo I, el Papa Francisco hizo notar cómo precisamente por la fe del pueblo cristiano al que pertenecía, Luciani pudo dirigir una mirada profética sobre las heridas y los males del mundo, mostrando cuánto la paz está en el corazón de la Iglesia. De hecho, junto con el compromiso ecuménico e interreligioso, se coloca en la base del discurso programático del Pontífice la tarea de favorecer la reconciliación y la fraternidad entre los pueblos, invitando a la colaboración para «tutelar e incrementar la paz

en este mundo turbado» y para frenar la «violencia ciega que sólo destruye y siembra ruinas y lutos», añadió Parolin citando las palabras de Juan Pablo I. Y aquí el cardenal recordó los numerosos llamamientos a favor de la paz en Oriente Medio, en primer lugar el lanzado en el Ángelus del 10 de septiembre de 1978, cuando Luciani llamó a la oración a los líderes de diferentes religiones y también citó el Corán junto con las Sagradas Escrituras. La actividad de promoción de la paz, destacó el purpurado, se concretó sobre todo en dos circunstancias. La primera en la carta del 20 de septiembre de 1978 dirigida a los obispos de las Conferencias episcopales de Argentina y Chile, cuando el enfrentamiento armado entre los dos países por la controversia fronteriza surgida en mérito a la soberanía de las islas en el canal de Beagle, en Tierra del Fuego, fue evitado gracias a la mediación de la Santa Sede. Pero ciertamente el tema internacional que sirve de hilo conductor a todo el pontificado es el apoyo a los coloquios de paz que del 5 al 17 de septiembre comprometieron en Camp David al presidente americano Jimmy Carter, al presidente egipcio Anwar el Sadat y al primer ministro israelí Menachem Begin.

Por lo demás, ya en la primera audiencia general del 6 de septiembre de 1978 sobre la humildad, remarcó Parolin, el Papa Luciani había confiado a la oración de los presentes los resultados del encuentro de Camp David: «una intención -dijo- que llevo muy en el corazón... Estas conversaciones allanan el camino para una paz justa y completa». «Justa» había subrayado significativamente Juan Pablo I, es decir, «con satisfacción de todas las partes en conflicto»; y «completa»,



es decir, «sin dejar ninguna cuestión sin resolver: el problema de los palestinos, la seguridad de Israel, la ciudad santa de Jerusalén», subrayó el cardenal. Una dedicación total al camino por la paz que llevó a una pronta respuesta: el 17 de septiembre el presidente Carter escribió al Papa para informarle de los resultados obtenidos, declarando haber recibido una gran inspiración de las oraciones del Pontífice por la cumbre de Camp David y por la paz en Oriente Medio. Y el 21 de septiembre, puntualizó el secretario de Estado, fue el mismo Juan Pablo I quien escribió personalmente al presidente estadounidense una carta que concluía de este modo: «Esté seguro de que la Santa Sede continuará, como en el pasado, siguiendo con profundo interés los esfuerzos para alcanzar este objetivo. Está dispuesta a cooperar con todos los medios posibles compatibles con su actividad. Del mismo modo, continuaremos elevando nuestras oraciones por esa paz que es tan necesaria para los países de Oriente Medio y del

mundo entero».

También el 4 de septiembre, al recibir a los más de cien representantes de las misiones internacionales, el Papa Luciani había retomado los mismos motivos subrayando que «nuestro corazón está abierto a todos los pueblos, a todas las razas», y afirmando después: «Ciertamente, no tenemos soluciones milagrosas para los grandes problemas mundiales. Sin embargo, podemos llevar algo verdaderamente precioso: un espíritu que ayude a resolver estos problemas y los coloque en la dimensión esencial, la de la caridad universal y de la apertura a los valores trascendentes...»; y esto para que «la Iglesia, humilde mensajera del Evangelio a todos los pueblos de la tierra, pueda contribuir a crear un clima de justicia, fraternidad, solidaridad y esperanza sin el cual el mundo no puede vivir».

Durante su intervención, el cardenal Parolin ha puesto la atención en el magisterio de Albino Luciani por la paz también en el período en que era Patriarca de Venecia, ci-

tando algunos pasajes significativos del discurso pronunciado el 23 de mayo de 1973 con ocasión del décimo aniversario de la encíclica de Juan Pablo II *Pacem in terris*: «No se juzguen «utópicas» o inactuales nuestras esperanzas. Realista no es quien cree que se puede seguir adelante como antes, sino quien percibe «el dinamismo de un mundo que quiere vivir más fraternalmente». Los conflictos de intereses entre Estado y Estado, advirtió, «estallarán siempre, pero las guerras nunca serán capaces de resolverlos. Aquí estamos, entonces, frente a los armamentos gigantes y aterradores. Ellos representan una bofetada enorme a los ciudadanos del estado, que en lugar de las armas costosísimas, podrían tener escuelas, hospitales y mejores servicios. Pero también soy una bofetada a los pueblos subdesarrollados privados de las ayudas indispensables». Palabras todavía tristemente actuales, que testimonian ese aliento de concordia entre los hombres puesto como fundamento del breve pontificado de Luciani: un Pontífice, concluyó el cardenal Parolin, «que ha hecho progresar a la Iglesia a lo largo de la espina dorsal de las que son las vías maestras del Concilio: la remontada a las fuentes del Evangelio y una renovada misionariedad, la colegialidad episcopal, el servicio en la pobreza eclesial, el diálogo con la contemporaneidad, la búsqueda de la unidad con las Iglesias cristianas, el diálogo interreligioso, la búsqueda de la paz». Son estas, relanzó el purpurado, «las únicas «armas» eficaces en una época atormentada, que también hoy, bajo los delirios de poder, bajo la aridez y la indiferencia escondida de una sed ilimitada de justicia y de paz».

Pubblicità

Prosiguen las reflexiones sobre la pasión por la evangelización e indica como modelo de celo apostólico a san Andrés Kim

La valentía de volver a levantarse



«La valentía de volver a levantarse cuando uno se cae» es «un aspecto muy importante del celo apostólico»: lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 24 de mayo. Prosiguiendo sus catequesis sobre los testigos de la pasión por la evangelización, el Pontífice propuso a los fieles presentes en la plaza de San Pedro y a cuantos le seguían a través de los medios una reflexión sobre la figura del primer sacerdote coreano, san Andrés Kim Tae-gon

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En esta serie de catequesis aprendemos de algunos santos y santas que, como testigos ejemplares, nos enseñan el celo apostólico. Recordemos que estamos hablando del celo apostólico, el que nosotros debemos tener para anunciar el Evangelio.

Un gran ejemplo de santo de la pasión por la evangelización hoy vamos a buscarlo a una tierra muy lejana, es decir a la Iglesia coreana. Miramos al mártir y primer sacerdote coreano san Andrés Kim Tae-gon. Pero la evangelización de Corea la hicieron los lai-

cos. Fueron los laicos bautizados que transmitieron la fe, no eran sacerdotes, porque no había: vinieron más tarde, por tanto la primera evangelización la hicieron los laicos. ¿Nosotros seremos capaces de algo similar? Pensémoslo: es algo interesante. Y este es uno de los primeros sacerdotes, san Andrés. Su vida fue y sigue siendo un elocuente testimonio de celo por el anuncio del Evangelio.

Hace unos 200 años, la tierra coreana fue escenario de una durísima persecución: los cristianos eran perseguidos y aniquilados. Creer en Jesucristo, en la Corea de entonces, significaba estar dispuesto a dar testimonio hasta la muerte. En particular, el ejemplo de san Andrés Kim se desprende de dos aspectos concretos de su vida.

El primero es el modo que él tenía que usar para encontrarse con los fieles. Dado el contexto altamente intimidatorio, el santo se vio obligado a acercarse a los cristianos de forma no evidente, y siempre en presencia de otras personas, como si se hablaran desde hace tiempo. Así, para identificar la

identidad cristiana de su interlocutor, San Andrés utilizaba estos medios: en primer lugar, una señal de reconocimiento previamente acordada: tú te encontraras con este cristiano y él tendrá este signo en la ropa o en la mano; después, él planteaba a escondidas la pregunta – pero en voz baja: “¿Eres discípulo de Jesús?”. Como había otras personas asistían a la conversación, el santo tenía que hablar en voz baja, pronunciando solo unas pocas palabras, las más esenciales. Así, para Andrés Kim, la expresión que resumía toda la identidad del cristiano era “discípulo de Cristo”, pero en voz baja porque era peligroso. Estaba prohibido ser cristiano.

En efecto, ser discípulo del Señor significa seguirle, seguir su camino. Y el cristiano es por su naturaleza uno que predica y da testimonio de Jesús. Toda comunidad cristiana recibe esta identidad del Espíritu Santo, y así toda la Iglesia, desde el día de Pentecostés (cf. Conc. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 2). Y de este Espíritu que nosotros recibimos, nace la pasión, la pasión por la evangelización, este

celo apostólico grande: es un don del Espíritu. Y aunque el contexto circundante no sea favorable, como el del coreano de Andrés Kim, la pasión no cambia, al contrario, adquiere aún más valor. San Andrés Kim y otros creyentes coreanos han demostrado que el testimonio del Evangelio dado en tiempos de persecución puede dar mucho fruto para la fe.

Veamos ahora un segundo ejemplo concreto. Cuando aún era seminarista, San Andrés tuvo que encontrar la manera de acoger en secreto a misioneros del extranjero. No era tarea fácil, pues el régimen de la época prohibía terminantemente la entrada en el territorio a todos los extranjeros. Por eso fue – antes de esto – tan difícil encontrar un sacerdote que viniera a misionar: la misión la hicieron los laicos. Una vez – pensad en esto que hizo san Andrés – una vez caminó por la nieve, sin comer, durante tanto tiempo, que cayó al suelo exhausto, corriendo el riesgo de perder el conocimiento y congelarse allí. En ese momento, oyó de repente una voz: “¡Levántate, camina!”. Al oír esa voz, Andrés se despertó, viendo como una sombra a alguien que le guiaba.

Esta experiencia del gran testigo coreano nos hace comprender un aspecto muy importante del celo apostólico. Es decir, la valentía de volver a levantarse cuando uno se cae. ¿Pero los santos caen? ¡Sí! Pero desde los primeros tiempos: pensad en San Pedro: hizo un gran pecado, pero ha tenido la fuerza en la misericordia de Dios y se ha levantado. Y en san Andrés nosotros vemos esta fuerza: él había caído físicamente, pero ha tenido la fuerza de ir, ir, ir para llevar el mensaje adelante. Por difícil que sea la situación, incluso a veces puede parecer que no deja espacio para el mensaje evangélico,

no debemos rendirnos y no debemos renunciar a perseguir lo que es esencial en nuestra vida cristiana, es decir, la evangelización. Este es el camino. Y cada uno de nosotros puede pensar: “Pero yo, ¿cómo puedo evangelizar?”. Pero mira estos grandes y tú piensa en tu pequeño, pensemos nosotros en nuestro pequeño: evangelizar la familia, evangelizar los amigos, hablar de Jesús, pero hablar de Jesús y evangelizar con el corazón lleno de alegría, lleno de fuerza. Y esto lo da el Espíritu Santo. Preparémonos a recibir el Espíritu Santo en el próximo Pentecostés y pidamos esa gracia, la gracia de la valentía apostólica, la gracia de evangelizar, de llevar adelante siempre el mensaje de Jesús.

En el día en que se celebra la Jornada mundial de oración por la Iglesia católica en China, coincidiendo con la fiesta de la Virgen venerada en el santuario de Nuestra Señora de Sheshan, en Shanghai, el Papa expresó cercanía a la población del país, dirigiendo «un pensamiento especial» a los pastores y a los fieles que sufren. Como es habitual, al finalizar la catequesis el Pontífice saludó a los grupos lingüísticos presentes, concluyendo el encuentro con el canto del *Paster Noster* y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor el celo que movió a san Andrés, que el Señor nos dé la fuerza de su Espíritu Santo, que en este tiempo pedimos con especial intensidad, para testimoniar su Evangelio en lo cotidiano, simplemente siendo “discípulos de Jesús”, en la vocación a la que Dios nos llamó. Pidámosle también que sea siempre ese amigo que nos sostiene en las dificultades, para perseverar en el camino del bien hasta el final. Que el Señor los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.